

VVAL-3

RUBEN DARIO

VOZ VIVA DE AMERICA LATINA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO / DIRECCION GENERAL DE DIFUSION CULTURAL

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

PRESENTACIÓN

Por algo empleó Arturo Capdevila el anagrama "un bardo rei", como subtítulo de su libro sobre Rubén Darío. Al morir el poeta, en 1916, ocurrió lo que después del sepelio de los monarcas. Muchos no lo decían en alta voz —aunque parecían secretamente pensarlo—: "El Rey ha muerto... ¡Viva el Rey!"

Sólo que la dinastía dariana, en realidad, había sucumbido con su fundador. Eran tantos los herederos posibles, tan diferentes, y varios de ellos tan personales, que —por sí solo— ninguno daba la impresión de poder reemplazar al rey muerto en el gobierno de todas sus islas y provincias. A éste le faltaba la gracia alada; a aquél, la melodía interior, cambiante a cada momento; a aquel otro, la fantasía verbal (que, en ocasiones, llevó a Darío hasta linderos de cierta frívola intrascendencia); a otros les sobraban solemnidad, mecanismos frágiles y ostensibles. Otros más hubieran querido obtener lo que no es posible copiar: la sonrisa espontánea, o la lágrima contenida... Y otros confundían la trivialidad con la sencillez y, con la franqueza, la indiscreción.

Algunos intentaron, no obstante, galvanizar el cadáver del modernismo. No lo lograron. Consiguieron, apenas, momificarlo. Los más audaces decidieron que era necesario abolirlo. ¡Como si creyeran que pudiese perpetuarse una tradición, cuando precisamente quien tuvo oportunidad de instaurarla se mostró siempre renuente a la conservación de las tradiciones! "No hay escuelas; hay poetas" dijo Darío en las palabras liminares de *El Canto Errante*. A pesar de esa declaración, muchos pretendieron fundar sus propias "escuelas" y proclamarse pontífices de pequeñas capillas iconoclastas... Los mejores optaron por ser ellos mismos, serenamente; sin olvidar a Rubén, pero sin subordinarse a su influjo —ni adoptar tampoco esa rebeldía sistemática que, en el fondo, supone, en quien la practica, una forma indirecta de servidumbre.

Para los jóvenes que principiamos a escribir en México en aquellos años, Darío representaba un valor simbólico. Sin embargo, a fuerza de encontrar su retrato, o sus versos, en periódicos y en revistas, y de oír declamar sus composiciones en veladas estudiantiles, entre discursos más o menos profesoriales y romanzas de Tosti, de Puccini o de Leoncavallo, ese mismo valor simbólico acabó por palidecer.

Jóvenes de producción incipiente —y, por eso mismo, de dictámenes imperiosos— calificaban de cursis algunas de sus flaquezas y señalaban con acrimonia determinadas concesiones del gran poe-

por Jaime Torres Bodet

ta a un mal gusto muy "fin de siglo". La *Sonatina* (que sedujo a los lectores de 1896) hastiaba a quienes querían manjares de más positiva substancia y almibares más sutiles. Para ciertos oídos, las armonías de *La Marcha Triunfal* y de la *Salutación del Optimista* resultaban demasiado metálicas y ostentosas. Todas esas críticas no indicaban tal vez mera y vacua pedantería, sino un deseo —ciertamente legítimo— de encontrar nuevos rumbos y ver nuevos horizontes. No obedecían tanto a una injusticia deliberada cuanto a un afán que singulariza a la juventud: el de afirmarse a sí misma, en sí misma, por sí misma, y, a veces, para sí misma... ¡Ay del que nace con vocación de discípulo permanente! El propio Rubén Darío habría sido el primero en alentar a los inconformes.

Ha pasado el tiempo. Y nos encontramos, ahora, en una época de la historia que nos permite ser más serenos y más equitativos. A cincuenta años de la muerte de Rubén, y a pocos meses de la fecha en que habrá de conmemorarse el centenario del día en que vino al mundo, tenemos la obligación de mostrarnos lúcidos e imparciales, sin acudir a la fórmula de la carta que Darío escribió cierta vez a Miguel de Unamuno: "Sea usted justo y bueno." No; los grandes creadores no necesitan piedad de sus herederos. Les basta con su justicia. Y, en efecto, la justicia es el único pedestal perdurable para la estatua que erigimos a su memoria.

Tratemos, por consiguiente, de proceder a un análisis justiciero de la obra que realizó el poeta y prosista nicaragüense. Veamos, ante todo, cuáles fueron las censuras que se le hicieron.

La primera —y la más frecuente— fue Rodó quien, desde un principio, la recogió: Rubén no era aún el poeta de América. Otras vinieron menos famosas, pero también envenenadas. En 1897, Navarro y Ledesma acusó a Darío de tres pecados literarios fundamentales. Su Hélade era de pura imaginación: "No la cantada por Homero ni la contada por Herodoto, ni la pensada por Platón... sino la *descrita* por Duruy." Su abundancia de adornos atestiguaba un barroquismo tardío, "incomprensible e insoportable", como "los batiburrillos arquitectónicos de que no se ha librado casi ninguna catedral española". Y, en cuanto al Oriente (que con tanto frecuencia asomó en sus versos), no pasaba de ser "un convencionalismo retórico, no menos arbitrario que el imperante en sus reminiscencias helénicas".

Sin esperar la acometida de Navarro y Ledesma, un hombre como

Leopoldo Alas había demostrado su antipatía para la producción dariana en un *Palique* reproducido por *La Prensa* de Buenos Aires el 29 de enero de 1894. Tras de llamar a Rubén "poeta americano, capaz él solo de corromper al ejército de Jerjes, en materia literaria se entiende", *Clarín* ridiculizaba la evocación de *Stella*, y concluía con el siguiente párrafo: "El señor Darío no carece de imaginación; pero un mal dirigido prurito de originalidad y novedad... relativa, le llevó al más absurdo culteranismo de imitación servil y trasnochada."

Otro reproche (anterior a los de Rodó y Navarro Ledesma, pero más persistente) fue el que dirigió a Darío don Juan Valera al hablar de su *galicismo mental*. Censuraba también al poeta por su sensualismo y por su multiplicación —innecesaria a menudo— de sátiros y de ninfas. Entre tantas frondas, de un verde tal vez demasiado móvil, demasiadas blancuras desnudas evocaban inútilmente ritos paganos. ¿No había también, en sus versos, un repertorio abusivo de presencias y metáforas mitológicas? Pasaba incesantemente de Leda a Venus, y de Venus a Marte, y de Marte a Pan, y de Pan a Mercurio, y de Mercurio a los Dióscuros... y de los Dióscuros, por supuesto, otra vez a Leda. En fin, llegó a calificársele de artifice desprovisto de ideas, privado de toda filosofía y carente de dogmas éticos.

Las observaciones que he tratado de resumir no son desdeñables todas. Ni fueron todas el seco fruto de un academismo agraviado e impertinente. Negarlas —en bloque— sería un error. Hay que admitir, por ejemplo, que Darío no fue, ni pudo haber sido, el poeta de América, tal como lo soñaba Rodó. Su americanismo, cuando quiso manifestarlo en términos arqueológicos (caso de *Tutecotzimi*), resultó menos sugestivo que el helenismo de su *Coloquio de los Centauros*. Brilla poco, en sus paisajes del trópico, el sol ardiente de Centroamérica. Sus primaveras y sus otoños son europeos. Y sus colores predilectos (el azul del Mediterráneo, el rosa y el verde de las campiñas de Francia) no evocan siempre el clima de Nicaragua. Su Oriente está más cerca de la leyenda que de los ojos. Debe más a Simbad y a Aladino que a Delacroix. Y su Grecia —sin ser la *descrita* por el señor Duruy— se acerca más que a la Grecia clásica, a la Grecia que imaginaron los pintores y los escultores del Renacimiento. En ocasiones, sintió y pensó en francés. Pero no siempre. Y en las realizaciones mayores de su poesía encontramos a un hombre auténtico —y a un hombre nuestro, nuestro profundamente: "español de América y americano de España", como él decía.

Aun admitiendo en parte las reservas que acabo de mencionar, queda un hecho incontrovertible. Sin Darío, la poesía española del siglo xx habría sido completamente distinta. También a Góngora se le hicieron críticas muy acerbadas. Y no por eso la figura de Góngora perdió jamás brillantez, eficacia y autoridad. Sólo el artista mediocre parece impecable a primera vista, pues la mediocridad no lastima al vulgo porque es el menor común denominador de una herencia accesible a todos.

Los genios, en cambio —y uno de ellos lo dijo admirablemente—, saben que tienen los defectos de sus virtudes. En Góngora, a quien acabo de referirme, hay trozos sin duda oscuros. Pero, en la oscuridad de los cielos nocturnos, es donde cintilan con más limpio esplendor las estrellas de las imágenes imprevistas. En Quevedo, no todo es fácil, sencillo y claro. En su prosa —como en sus versos— abundan arduas elipsis, concentraciones compactas por excesivas. Pero, cuando acierta —en la prosa como en el verso— alcanza alturas incomparables de emoción, de grandeza y de austeridad. Ahora bien, a partir de Góngora y de Quevedo, sólo Darío tuvo la

audacia de escalar cimas antes desconocidas por los poetas de nuestro idioma.

Hasta entre los que admiten esta verdad, hay escritores que suelen interrogarse acerca de si la novedad de Darío no fue tan sólo una novedad exterior, un simple artificio verbal, pues no hizo sino dar formas nuevas a emociones de ayer, o de antes de ayer: las mismas que el hombre-medio puede hoy sentir y que podrá, asimismo, apreciar mañana "y mañana, y mañana... hasta la última sílaba del tiempo..." Esa sola pregunta plantea un problema que deseo esclarecer a la luz de las francas observaciones de otro gran poeta de nuestro siglo: T. S. Eliot.

En su ensayo sobre *La Tradición y el Talento Individual*, hallo estos párrafos, que me parecen una íntima confesión: "No es en sus emociones personales, en las emociones provocadas por acontecimientos particulares de su vida, donde el poeta se hace notable o interesante en algún sentido. Sus emociones particulares pueden ser simples, o toscas, o insulsas. La emoción de su poesía será una cosa muy compleja, pero no con la complejidad de la gente que tiene en la vida emociones muy complejas y extrañas. En realidad, un error de excentricidad en la poesía es el buscar nuevas emociones humanas que expresar; y en esta búsqueda de la novedad el lugar inadecuado descubre lo perverso. La misión del poeta no es encontrar nuevas emociones, sino usar las ordinarias y, al elaborarlas en poesía, expresar sentimientos que no se encuentran para nada en las verdaderas emociones".

Pienso, al respecto, en lo que las señoritas de 1830 (o de 1860, o de 1900) creían decir al manifestar que anhelaban una "existencia poética". Poética es toda vida, triunfal o humilde, si quien la vive sabe estimar la significación del instante que pasa, de la ciudad que visita, del trabajo que hace, del dolor que le aflige, o —por pequeño que sea— del placer que las circunstancias le proporcionan. En cambio, la vida más cargada de desgracias o de venturas, puede no ser poética por sí misma. No lo será, desde luego, para quien experimente esas venturas o esas desgracias sin percibir su virtud profunda, su inalienable razón vital. Y lo será rara vez para los testigos, pues no hay que confundir la verdadera solidaridad humana, que nos asocia entrañablemente a las penas o a los goces de los demás, con las lágrimas que derramaba Francisca, la del relato de Marcel Proust. Incapaz de compadecerse ante la enfermedad de sus familiares, la cocinera de *A la Recherche du Temps Perdu* se conmovía en cambio, hasta el sollozo, cuando encontraba descritos los síntomas de la misma enfermedad en alguno de los libros de medicina que abundaban en la biblioteca de su patrón...

No era ése el "escape" al que T. S. Eliot se refería en su agudo análisis del problema. Ni eran lágrimas parecidas a las de la sirvienta de Proust las que esperaba, sin duda, Rubén Darío como recompensa de las angustias reveladas en los más trágicos de sus versos. Al contrario. Nada defiende tanto a Rubén de las acusaciones de cursilería y mal gusto, que sus detractores le dirigieron, como el pudor y la sobriedad con que nos reitera, cada vez que se siente obligado a mostrarnos las heridas que la existencia le ha hecho, su confianza en el perdón ulterior, su creencia en la facultad de superación del destino humano. Junto a los ayes interminables de los románticos españoles (y no hablo de los menores, sino acaso del más enhiesto, el Espronceda del *Canto a Teresa*) ¡qué continencia tan ponderada la de Rubén!... Hasta en la desesperación, sabe detenerse.

"Cortés como un indiano" decían los hombres de la metrópoli al ver llegar a Madrid, o a Sevilla, a los criollos de Nueva España o de otras colonias españolas del Nuevo Mundo. Y esa cortesía

"de indiano" se hace notar en las quejas y en los júbilos de Darío. Imponer al lector todo el peso de su emoción le parecía, quizá, descortés —casi jactancioso—. Y el pedal que advertimos en las discretas sonoridades de sus *Nocturnos*, es un pedal muy nuestro. Lo fabricaron, en los países latinos de este Hemisferio, dentro del alma de los que ansiaban independencia, decenios de orgullo tácito y reprimido, centurias de reflexiva y amarga preterición.

Placer y angustia son los dos polos de nuestro eje sensible: ánodo y cátodo de la corriente moral de la poesía. Si no operasen a tiempo, no se establecería el circuito lírico. Y no podría generar el poeta esa vibración —eléctrica y misteriosa— que eterniza el instante en su más invisible esencia, como fijan los rayos X, sobre una placa, la columna interior del hombre, su verdad recóndita y más durable: la que lo sostiene, mientras existe, y la que sobrevive, durante años, a la apariencia física de su ser.

El goce de los sentidos y la congoja del alma no fueron sólo temas de épocas sucesivas en la producción patética de Darío. En *Prosas Profanas*, bajo guirnaldas y ramos multicolores, estaba presente ya el terror secreto, el pavor de lo que ignoramos, ese miedo que alarmaba a Rubén, de niño, en las noches de Nicaragua, y que lo sometía —desde entonces— a "pesadillas inenarrables".

Sí, en *Prosas Profanas* hay marquesas que ríen, "lagos de azur", "ruedas de plata" y canciones de carnaval; pero hay también "sátiros espectrales" y "resplandores sobre la cruz" —como en el *Responso* a Verlaine—, y sangre de los martirios: "Los heraldos rojos con que, del misterio, / vienen precedidas las grandes auras". Se celebra el brillo de Saturno "en los manicomios y en los hospitales". Y, sobre todo, hay "adelfas que riega la Muerte". Porque la Muerte (así, con mayúscula) es personaje tan importante en la producción rubeniana como la Esperanza o como la Vida.

En esta ambivalencia constante del placer y de la congoja, del éxtasis y la angustia, en esta íntima relación del cuerpo ávido de deleites y el alma llena de pesadumbres, reside la originalidad admirable del gran poeta. Darío no vio solamente, no vivió solamente, no cantó solamente uno de los aspectos de la existencia: la luz del día, grata a los epicúreos, o la oscuridad de la noche, inspiradora de los estoicos. Como pocos, amó la vida. La amó hasta en sus júbilos más modestos y hasta en sus desenfrenos más reprobables. Pero, como pocos, sintió el espanto de lo percedero: la fatalidad del no ser, y la proximidad magnética de la muerte. En sus poesías más ligeras, hay un momento en que la elegía se esconde. Y en todas sus elegías, hasta en *Lo Fatal*, hay una referencia al placer: una alusión, por lo menos, a los racimos húmedos del deseo.

Con razón diría Federico García Lorca, en un *discurso al alimón* con Pablo Neruda: "Como poeta español, (Darío) enseñó en España a los viejos maestros y a los niños, con un sentido de universalidad y de generosidad que hace falta en los poetas actuales. Enseñó a Valle-Inclán y a Juan Ramón Jiménez, y a los hermanos Machado, y su voz fue agua y salitre, en el surco del venerable idioma. Desde Rodrigo Caro a los Argensolas o don Juan Arguijo, no había tenido el español fiestas de palabras, choque de consonantes, luces y formas como en Rubén Darío..."

Con igual razón exclamaría Pablo Neruda, en el mismo discurso, que el nombre de Rubén merece ser recordado "con ... su incertidumbre incandescente, su descenso a los hospitales del infierno, su subida a los castillos de la fama, sus atributos de poeta grande, desde entonces y para siempre e imprescindible". Y con igual razón —años más tarde— Alfredo Cardona Peña manifestaría, al evocar a Rubén Darío: "las torres por tu nombre están más firmes, / hay cisnes en la nieve / y ventanas con arpas esperando..."

En su ensayo sobre la *Teleología de la Cultura*, Juan Larrea opina que la mente de Rubén, "en verdad apocalíptica... fue articulándose... con el significado de la *Divina Comedia*", y que llegó a adquirir conciencia clara del "Paraíso celeste". Aunque sea difícil apoyar —o contradecir— opiniones de semejante naturaleza, procede reconocer la razón de Larrea cuando elogia lo que llama "el único manifiesto poético" de Darío; un texto en el cual leemos estas frases de hondas repercusiones: "El poeta tiene la visión directa e introspectiva de la vida y una supervisión que va más allá de lo que está sujeto a las leyes del general conocimiento... La poesía existirá mientras exista el problema de la vida y de la muerte. El don de arte es un don superior que permite entrar en lo desconocido de antes y en lo ignorado de después, en el ambiente del sueño y de la meditación".

Lo desconocido de antes y lo ignorado de después... Subrayo estas fórmulas clave, porque una y otra señalan, en el poeta, la autoridad del vidente y la pasión del iluminado. Sería, sin duda, arbitrario apoyarnos en esas fórmulas para situar a Darío entre los apóstoles del existencialismo o entre los predecesores del surrealismo. Y, sin embargo, existencialistas y surrealistas buscan, a su manera, lo que Darío buscó, a su modo, él también: entre arpeggios de clavicordio, notas de flauta pánica y vehemencias retóricas, ahora ya inoperantes.

De hecho, el *modernismo* murió con Rubén Darío. Pero Rubén Darío no pereció con él. En *Cuadrivio*, Octavio Paz declara a Rubén "el menos actual de los modernistas". ¿Tendrá razón?... No lo pienso, sinceramente. Y me alegra que, apenas trazada esa frase, el autor de *Libertad bajo Palabra* se apresure a manifestarnos: "Ser o no ser como él; de ambas maneras, Darío está presente en el espíritu de los poetas contemporáneos. Es el fundador".

Con esto último, estoy de acuerdo. Es el fundador: el que nos enseñó a todos la importancia de ser sinceros para llegar, algún día, a ser potentes; el que admiró a la vez a la estatua bella, a la carne viva que la bella estatua disimulaba, y al alma que en esa carne gemía de miedo, de voluptuosidad o de desencanto; el que dejó pasar la noche de la cena ("—¡oh Shakespeare pobre, y oh Cervantes manco!— / y la pasión del vulgo que condena") porque "un gran Apocalipsis horas futuras llena"... Y "¡surgirá nuestro Pegaso blanco!"

En este poeta, que no fue el de América —si aceptamos lo dicho por el ensayista de *Ariel*—, América entera se conoce y se reconoce. No cantó al Amazonas o al Iguazú, y Caupolicán y Palenque son tan superficiales, en sus poemas, como los personajes o los escenarios de *Atzimba*, en la ópera de Ricardo Castro. Pero dio a la poesía española un acento suyo, que es el acento de la sensibilidad mestiza de los pueblos latinos de este Hemisferio.

Fundador, hemos dicho. Y añadiré: fundador por descubridor y conquistador. Para su conquista, tomó las armas que pudo —y las tomó en donde pudo. En Francia, sin duda, más que en Italia o en Inglaterra. Pero también usó —¡y con qué maestría!— las armas de la mejor España: las de Berceo, las de Garcilaso, las de Cervantes, las de Lope de Vega y de Calderón, las de Góngora y de Quevedo... ¿Y por qué censurar que una parte de esa armería la hubiese encontrado en Francia? Dentro del mismo concepto del hispanismo, los colonialistas llamaron "afrancesados" a algunos de nuestros grandes libertadores, como a Miguel Hidalgo. A Hidalgo, que supo hacer de Molière, de Voltaire y de la Enciclopedia francesa del siglo XVIII, fuerzas al servicio de América, fuerzas para el engrandecimiento de América.

Rubén pugnó contra endriagos y malandrines, lo mismo que Don

Quijote. Rompió muchas veces su lanza contra las aspas de los molinos. Por eso, como en su *Letanía* al Caballero de la Triste Figura, el peligro, en la vecindad de su centenario, no está en que Orfeos (más o menos plausibles) lo aquilaten y lo discutan, sino en que lo aclamen, sin comprenderlo, los orfeones.

Perseguidor de ninfas inalcanzables; sátiro que Apolo no ensordecíó; Colón que descubrió para Europa una América nunca oída; libertador de una poesía encadenada entre muros de estériles tradiciones; poeta de la juventud y de la vejez, de la primavera y del otoño, del placer y de la congoja, no necesitamos imitarlo para admirarlo. Su existencia nos proporcionó, incluso, hasta lo que tal vez no creía él ofrecernos tan ampliamente: el derecho de no seguirlo. Y de no seguirlo, sin dejar de quererlo y de respetarlo en su espléndida soledad. El fundador no aguarda la gratitud de sus herederos. Pero, en la conciencia de éstos, algo la exige siempre.

Con Darío, sin Darío, por Darío o contra Darío... ¿Qué importa ya la actitud que adopten quienes lo elogian o lo critican? Muchos de ellos no están con él. Pero él continúa en los que lo

afirman, y persevera en los que lo niegan. Perseverancia tan obstinada —y tan invisible— es testimonio esencial de inmortalidad.

En una etapa en que la poesía parece extraña a la realidad mecánica de la vida, en medio de un mundo que está en gran parte afectado por una incapacidad radical para creer en la poesía, entre pueblos y hombres que olvidan, cada día más, el valor del número (ley de Apolo) y pretenden substituirlo con la magnitud de las cifras (método de Mercurio), es reconfortante pensar que existen todavía pueblos y hombres capaces de cultivar la gloria de sus poetas.

Darío tiene ya, en América y en Europa, plazas, parques y calles que recuerdan su fama a los transeúntes. En 1967, recibirán su nombre muchos otros parques, calles y plazas. Nuevos libros se escribirán sobre sus fatigas. Nuevas estatuas evocarán su presencia humana. Pero el más alto homenaje que podrían ofrecerle las generaciones de hoy sería el de fomentar, en la juventud del mundo, la esperanza que él exaltó: ir "en un gran volar, con la aurora por guía, / adelante en el vasto azur, ¡siempre adelante!"

POEMAS

CARA I
Duración 16'

YO PERSIGO UNA FORMA...

Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo,
botón de pensamiento que busca ser la rosa;
se anuncia con un beso que en mis labios se posa
al abrazo imposible de la Venus de Milo.

Adornan verdes palmas el blanco peristilo;
los astros me han predicho la visión de la Diosa;
y en mi alma reposa la luz, como reposa
el ave de la luna sobre un lago tranquilo.

Y no hallo sino la palabra que huye,
la iniciación melódica que de la flauta fluye
y la barca del sueño que en el espacio boga;

y bajo la ventana de mi Bella-Durmiente,
el sollozo continuo del chorro de la fuente
y el cuello del gran cisne blanco que me interroga.

SALUTACION DEL OPTIMISTA

Íncultas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!
Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos
lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos;
mágicas ondas de vida van renaciendo de pronto;
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte,
se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña,
y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron
encontramos de súbito, talismánica, pura, riante,
cual pudiera decirla en sus versos Virgilio divino,
la divina reina de luz, ¡la celeste Esperanza!

Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que a tumba
o a perpetuo presidio, condenasteis al noble entusiasmo,
ya veréis el salir del sol en un triunfo de lirios,
mientras dos continentes, abonados de huesos gloriosos,
del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando,
digan al orbe: la alta virtud resucita,
que a la hispana progeie hizo dueña de siglos.

de Rubén Darío

Abominad la boca que predice desgracias eternas,
abominad los ojos que ven sólo zodiacos funestos,
abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres
o que la tea empuñan o la daga suicida.
Siéntense sordos ímpetus en las entrañas del mundo,
la inminencia de algo fatal hoy conmueve la tierra;
fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,
y algo se inicia como vasto social cataclismo
sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dormidas
no despierten entonces en el tronco del roble gigante
bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?
¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos
y que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?
No es Babilonia ni Ninive enterrada en olvido y en polvo
ni entre momias y piedras, reina que habita el sepulcro,
la nación generosa, coronada de orgullo inmarchito,
que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,
ni la que, tras los mares en que yace sepulta la Atlántida,
tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.

Únanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos,
formen todos un solo haz de energía ecuménica.
Sangre de Hispania fecunda, sólidas, íncultas razas,
muestran los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.
Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente
que regará lenguas de fuego en esa epifanía.
Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros
y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora,
así los mares heroicos de los primitivos abuelos,
de los egregios padres que abrieron el surco pristino,
sientan los soplos agrarios de primaverales retornos
y el rumor de espigas que inició la labor triptolémica.

Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos.
La latina estirpe verá la gran alba futura:
en un trueno de música gloriosa, millones de labios
saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente,
Oriente augusto, en donde todo lo cambia y renueva
la eternidad de Dios, la actividad infinita.

Y así sea Esperanza la visión permanente en nosotros,
¡inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

"¡AY, TRISTE DEL QUE UN DÍA...!"

¡Ay, triste del que un día en su esfinge interior
pone los ojos e interroga! Está perdido.

¡Ay del que pide eureka al placer o al dolor!
Dos dioses hay, y son: Ignorancia y Olvido.

Lo que el árbol desea decir y dice al viento,
y lo que el animal manifiesta en su instinto,
cristalizamos en palabra y pensamiento.
Nada más que maneras expresan lo distinto.

MELANCOLIA

A Domingo Bolívar

Hermano, tú que tienes la luz, dime la mía.
Soy como un ciego. Voy sin rumbo y ando a tientas.
Voy bajo tempestades y tormentas
ciego de ensueño y loco de armonía.

Ese es mi mal. Soñar. La poesía
es la camisa férrea de mil puntas crüentas
que llevo sobre el alma. Las espinas sangrientas
dejan caer las gotas de mi melancolía.

Y así voy, ciego y loco, por este mundo amargo;
a veces me parece que el camino es muy largo,
y a veces que es muy corto...

Y en este titubeo de aliento y agonía,
carga lleno de penas lo que apenas soporto.
¿No oyes caer las gotas de mi melancolía?

DE OTOÑO

Yo sé que hay quienes dicen: ¿Por qué no canta ahora
con aquella locura armoniosa de antaño?
Esos no ven la obra profunda de la hora,
la labor del minuto y el prodigio del año.

Yo, pobre árbol, produje, al amor de la brisa,
cuando empecé a crecer, un vago y dulce son.
Pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa:
¡dejad al huracán mover mi corazón!

VERSOS DE OTOÑO

Cuando mi pensamiento va hacia ti, se perfuma:
tu mirar es tan dulce, que se torna profundo.
Bajo tus pies desnudos aún hay blancos de espuma,
y en tus labios compendias la alegría del mundo.

El amor pasajero tiene el encanto breve,
y ofrece un igual término para el gozo y la pena.
Hace una hora que un nombre grabé sobre la nieve:
hace un minuto dije mi amor sobre la arena.

Las hojas amarillas caen en la alameda,
en donde vagan tantas parejas amorosas.
Y en la copa de Otoño un vago vino queda
en que han de deshojarse, Primavera, tus rosas.

NOCTURNO

Quiero expresar mi angustia en versos que abolida
dirán mi juventud de rosas y de ensueños,
y la desfloración amarga de mi vida
por un vasto dolor y cuidados pequeños.

Y el viaje a un vago Oriente por entrevistados barcos,
y el grano de oraciones que floreció en blasfemias,
y los azoramientos del cisne entre los charcos,
y el falso azul nocturno de inquerida bohemia.

Lejano clavicordio que en silencio y olvido
no diste nunca al sueño la sublime sonata,
huérfano esquife, árbol insigne, oscuro nido
que suavizó la noche de dulzura de plata...

Esperanza olorosa a hierbas frescas, trino
del ruiseñor primaveral y matinal,
azucena tronchada por un fatal destino,
rebusca de la dicha, persecución del mal...

El ánfora funesta del divino veneno
que ha de hacer por la vida la tortura interior;
la conciencia espantable de nuestro humano cieno
y el horror de sentirse pasajero, el horror

de ir a tientas, en intermitentes espantos,
hacia lo inevitable desconocido, y la
pesadilla brutal de este dormir de llantos
¡de la cual no hay más que Ella que nos despertará!

NOCTURNO

A Mariano de Cavia

Los que auscultasteis el corazón de la noche,
los que por el insomnio tenaz habéis oído
el cerrar de una puerta, el resonar de un coche
lejano, un eco vago, un ligero ruido...

En los instantes del silencio misterioso,
cuando surgen de su prisión los olvidados,
en la hora de los muertos, en la hora del reposo,
sabréis leer estos versos de amargor impregnados...

Como en un vaso vierto en ellos mis dolores
de lejanos recuerdos y desgracias funestas,
y las tristes nostalgias de mi alma, ebria de flores,
y el duelo de mi corazón, triste de fiestas.

Y el pesar de no ser lo que yo hubiera sido,
la pérdida del reino que estaba para mí,
el pensar que un instante pude no haber nacido,
¡y el sueño que es mi vida desde que yo nací!

Todo esto viene en medio del silencio profundo
en que la noche envuelve la terrena ilusión,
y siento como un eco del corazón del mundo
que penetra y conmueve mi propio corazón.

LO FATAL

A René Pérez

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura, porque ésta ya no siente.
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por

lo que no conocemos y apenas sospechamos;
y la carne que tienta con sus frescos racimos
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
¡y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos...!

CARA II
Duración 17'30"

POEMA DEL OTOÑO

Tú que estás la barba en la mano
meditabundo,
¿has dejado pasar, hermano,
la flor del mundo?

Te lamentas de los ayeres
con quejas vanas:
¡aún hay promesas de placeres
en las mañanas!

Aún puedes casar la olorosa
rosa y el lis,
y hay mirtos para tu orgullosa
cabeza gris.

El alma ahíta cruel inmola
lo que la alegra,
como Zingua, reina de Angola,
lúbrica negra.

Tú has gozado de la hora amable,
y oyes después
la imprecación del formidable
Eclesiastés.

El domingo de amor te hechiza;
mas mira cómo
llega el miércoles de ceniza;
Memento, homo...

Por eso hacia el florido monte
las almas van,
y se explican Anacreonte
y Omar Kayam.

Huyendo del mal, de improviso
se entra en el mal
por la puerta del paraíso
artificial.

Y, no obstante, la vida es bella,
por poseer
la perla, la rosa, la estrella
y la mujer.

Lucifer brilla. Canta el ronco
mar. Y se pierde
Silvano oculto tras el tronco
del haya verde.

Y sentimos la vida pura,
clara, real,
cuando la envuelve la dulzura
primaveral.

¿Para qué las envidias viles
y las injurias,
cuando retuercen sus reptiles
pálidas furias?

¿Para qué los odios funestos
de los ingratos?
¿Para qué los lívidos gestos
de los Pilatos?

¡Si lo terreno acaba, en suma,
cielo e infierno,
y nuestras vidas son la espuma
de un mar eterno!

Lavemos bien de nuestra veste
la amarga prosa;
soñemos en una celeste
mística rosa.

Cojamos la flor del instante;
¡la melodía
de la mágica alondra cante
la miel del día!

Amor a su fiesta convida
y nos corona.
Todos tenemos en la vida
nuestra Verona.

Aún en la hora crepuscular
canta una voz:
"¡Ruth, risueña, viene a espigar
para Booz!"

Mas coged la flor del instante
cuando en Oriente
nace el alba para el fragante
adolescente.

¡Oh niña que con Eros juegas,
niños lozanos,
danzad como las ninfas griegas
y los silvanos.

El viejo tiempo todo roe
y va de prisa;

sabed vencerle, Cintia, Cleo
y Cidalisa.

Trocad por rosas azahares,
que suena el son
de aquel Cantar de los Cantares
de Salomón.

Priapo vela en los jardines
que Cipris huella;
Hécate hace aullar los mastines;
mas Diana es bella.

y apenas envuelta en los velos
de la ilusión,
baja a los bosques de los cielos
por Endimión.

¡Adolescencia! Amor te dora
con su virtud;
goza del beso de la aurora,
¡oh juventud!

¡Desventurado el que ha cogido
tarde la flor!
Y ¡ay de aquel que nunca ha sabido
lo que es amor!

Yo he visto en tierra tropical
la sangre arder,
como en un cáliz de cristal,
en la mujer,

y en todas partes la que ama
y se consume
como una flor hecha de llama
y de perfume.

Abrasaos en esa llama
y respirad
ese perfume que embalsama
la Humanidad.

Gozad de la carne, ese bien
que hoy nos hechiza
y después se tornará en
polvo y ceniza.

Gozad del sol, de la pagana
luz de sus fuegos;
gozad del sol, porque mañana
estaréis ciegos.

Gozad de la dulce armonía
que a Apolo invoca;
gozad del canto, porque un día
no tendréis boca.

Gozad de la tierra, que un
bien cierto encierra;
gozad, porque no estáis aún
bajo la tierra.

Apartad el temor que os hiela
y que os restringe;
la paloma de Venus vuela
sobre la Esfinge.

Aún vencen muerte, tiempo y hado
las amorosas;
en las tumbas se han encontrado
mirtos y rosas.

Aun Anadiómena en sus lidias
nos da su ayuda;
aún resurge en la obra de Fidias
Friné desnuda.

Vive el bíblico Adán robusto,
de sangre humana,
y aún siente nuestra lengua el gusto
de la manzana.

Y hace de este globo viviente
fuerza y acción
la universal y omnipotente
fecundación.

El corazón del cielo late
por la victoria
de este vivir, que es un combate
y es una gloria.

Pues aunque hay pena y nos agravia
el sino adverso,
en nosotros corre la savia
del universo.

Nuestro cráneo guarda el vibrar
de tierra y sol,
como el rüido de la mar
el caracol.

La sal del mar en nuestras venas
va a borbotones;
tenemos sangre de sirenas
y de tritones.

A nosotros encinas, lauros,
frondas espesas;
tenemos carne de centauros
y satiresas.

En nosotros la vida vierte
fuerza y calor.
¡Vamos al reino de la Muerte
por el camino del Amor!

LOS MOTIVOS DEL LOBO

El varón que tiene corazón de lis,
alma de querube, lengua celestial,
el mínimo y dulce Francisco de Asís.

está con un rudo y torvo animal,
bestia temerosa, de sangre y de robo
las fauces de furia, los ojos de mal;
el lobo de Gubbia, el terrible lobo,
rabioso ha asolado los alrededores,
crüel ha deshecho todos los rebaños;
devoró corderos, devoró pastores,
y son incontables sus muertes y daños.

Fuertes cazadores armados de hierros
fueron destrozados. Los duros colmillos
dieron cuenta de los más bravos perros,
como de cabritos y de corderillos.

Francisco salió;
al lobo buscó
en su madriguera.
Cerca de la cueva encontró a la fiera
enorme, que al verle se lanzó feroz
contra él. Francisco, con su dulce voz,
alzando la mano,
al lobo furioso dijo: "¡Paz, hermano
lobo!". El animal
contempló al varón de tosco sayal;
dejó su aire arisco,
cerró las abiertas fauces agresivas,
y dijo: "¡Está bien, hermano Francisco!"
"¡Cómo —exclamó el santo—. ¿Es ley que tú vivas
de horror y de muerte?"
"La sangre que vierte
tu hocico diabólico, el duelo y espanto
que esparce, el llanto
de los campesinos, el grito, el dolor
de tanta criatura de Nuestro Señor,
¿no han de contener tu encono infernal?
¿Vienes del infierno?
¿Te han infundido, acaso, su rencor eterno
Luzbel o Belial?"

Y el gran lobo, humilde: "¡Es duro el invierno, y
y es horrible el hambre! En el bosque helado
no hallé qué comer; y busqué el ganado,
y a veces comí ganado y pastor.
¿La sangre? Yo vi más de un cazador
sobre su caballo, llevando el azor
al puño; o correr tras el jabalí,
el oso o el ciervo; y a más de uno vi
mancharse de sangre, herir, torturar,
de las roncas trompas al sordo clamor,
a los animales de Nuestro Señor,
Y no era por hambre, que iban a cazar."
Francisco responde: "En el hombre existe
mala levadura.
Cuando nace, viene con pecado. Es triste.
Mas el alma simple de la bestia, es pura.
Tú vas a tener
desde hoy qué comer.
Dejarás en paz
rebaños y gente en este país.
¡Que Dios melifique tu ser montaraz!"
"Está bien, hermano Francisco de Asís."

"Ante el señor, que todo ata y desata,
en fe de promesa tiéndeme la pata."
El lobo tendió la pata al hermano
de Asís, que a su vez le alargó la mano.
Fueron a la aldea. La gente veía
y lo que miraba casi no creía.
Tras el religioso iba el lobo fiero,
y, baja la testa, quieto le seguía
como un can de casa, o como un cordero.

Francisco llamó la gente a la plaza
y allí predicó.
Y dijo: "He aquí una amable caza.
El hermano lobo se viene conmigo;
me juró no ser ya vuestro enemigo,
y no repetir su ataque sangriento.
Vosotros, en cambio, daréis su alimento
a la pobre bestia de Dios." "¡Así, sea!"
contestó la gente toda de la aldea.
Y luego, en señal
de contentamiento,
movió testa y cola el buen animal,
y entró con Francisco de Asís al convento.

*

Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo
en el santo asilo.
Sus bastas orejas los salmos oían
y los claros ojos se le humedecían.
Aprendió mil gracias y hacía mil juegos
cuando a la cocina iba con los legos.
Y cuando Francisco su oración hacía,
el lobo las pobres sandalias lamía.
Salía a la calle,
iba por el monte, descendía al valle,
entraba en las casas y le daban algo
de comer. Mirábanle como a un manso galgo.
Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo
dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo,
desapareció, tornó a la montaña,
y recomenzaron su aullido y su saña.

Otra vez sintióse el temor, la alarma,
entre los vecinos y entre los pastores;
colmaba el espanto los alrededores,
de nada servían el valor y el arma
pues la bestia fiera
no dio tregua a su furor jamás,
como si tuviera
fuegos de Moloch y de Satanás.

Cuando volvió al pueblo, el divino santo,
todos le buscaron con quejas y llanto,
y con mil querellas dieron testimonio
de lo que sufrían y perdían tanto
por aquel infame lobo del demonio.

Francisco de Asís se puso severo,
se fue a la montaña
a buscar al falso lobo carnívero,

Y junto a su cueva halló a la alimaña.
"En nombre del Padre del sacro universo,
conjúrote —dijo—, ¡oh lobo perverso!,
a que me respondas: ¿Por qué has vuelto al mal?
Contesta. Te escucho."

Como en sorda lucha, habló el animal,
la boca espumosa y el ojo fatal:
"Hermano Francisco, no te acerques mucho..."

Yo estaba tranquilo, allá en el convento;
al pueblo salía,
y si algo me daban estaba contento
y manso comía.

Mas empecé a ver que en todas las casas
estaban la Envidia, la Saña, la Ira,
y en todos los rostros ardían las brasas
de odio, de lujuria, de infamia y mentira.
Hermanos a hermanos hacían la guerra,
perdían los débiles, ganaban los malos,
hembra y macho eran como perro y perra,
y un buen día todos me dieron de palos.
Me vieron humilde, lamía las manos
y los pies. Seguía tus sagradas leyes:

todas las criaturas eran mis hermanos,
los hermanos hombres, los hermanos bueyes,
hermanas estrellas y hermanos gusanos.
Y así, me apalearon y me echaron fuera.
Y su risa fue como un agua hirviente,
y entre mis entrañas revivió la fiera,
y me sentí lobo malo de repente;
mas siempre mejor que esa mala gente.
Y recomencé a luchar aquí,
a me defender y a me alimentar,
como el oso hace, como el jabalí,
que para vivir tiene que matar.
Déjame en el monte, déjame en el risco,
déjame existir en mi libertad;
vete a tu convento, hermano Francisco,
sigue tu camino y tu santidad."

El santo de Asís no le dijo nada.
Le miró con una profunda mirada,
y partió con lágrimas y con desconsuelos,
y habló al Dios eterno con su corazón.
El viento del bosque llevó su oración,
que era: Padre nuestro, que estás en los cielos...

IMPRESO EN MEXICO.  IMPRENTA MADERO, S. A.